



Territorio y globalización en México:

¿un nuevo paradigma rural?

BLANCA RUBIO*

En los tiempos de la globalización el territorio se ha convertido en sitio privilegiado de análisis, espacio de reflexión, síntesis de los problemas rurales. Se ha convertido en demanda autonómica de los pueblos indios y en motivo de lucha de los ejidatarios amenazados con la expropiación de sus tierras. El territorio es hoy la unidad más visible del mundo rural, como una amalgama de procesos, conflictos, hallazgos: es, además, el núcleo central de la teoría conocida como nueva ruralidad.

Hasta hace dos decenios el territorio era objeto restringido de ciencias duras como la geografía; no era campo de estudio de las ciencias sociales. ¿Qué transformaciones han ocurrido en la realidad rural, en los conceptos teóricos y en la mirada analítica que han establecido el territorio como eje de observación? ¿Representa éste la unidad de análisis más relevante en la actualidad? ¿Es posible explicar con base en el territorio la compleja y cambiante realidad rural de la actualidad?

El presente ensayo tiene como objetivo principal analizar el vínculo entre territorio y globalización: indaga las causas de que este proceso tenga tal relevancia en los estudios rurales, qué unidad de estudio ha sido desplazada por él y qué alternativa teórica se puede construir incorporando el territorio a los conceptos críticos que toman como punto de partida las relaciones sociales de producción.

Primero se analiza el proceso por medio del cual el territorio ha sustituido las relaciones sociales de producción como unidad de análisis. Después se estudia el vínculo entre la exclusión de los productores rurales y el territorio; acto seguido se considera el tránsito de la lucha por la tierra a la disputa por el territorio. Luego se examina el efecto generado por la fractura del Estado-nación en la identidad rural y el papel del territorio en ese proceso. Por último, se presenta una propuesta teórica para el análisis crítico del territorio.

RELACIONES SOCIALES CONTRA TERRITORIO: DE LA EXPLOTACIÓN A LA EXCLUSIÓN

Durante la posguerra, en particular en los años setenta, el objeto de estudio predominante en las ciencias sociales era el de las relaciones sociales de producción. Esto tenía que ver fundamentalmente con que las actividades productivas como las industriales y agrícolas tenían una importancia crucial en la esfera económica. Es decir, el capital dominante era el industrial, que sometía a su lógica el funcionamiento del resto de las actividades económicas. La agricultura estaba subordinada a la industria, pero era rentable como actividad productiva. El dominio de ese capital generaba un círculo virtuoso de la acumulación de capital.¹ La plusvalía obtenida de los trabajadores se invertía productivamente, lo cual

* Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. La autora agradece el apoyo de Víctor Rosales en el compendio de la información documental.

1. Víctor Flores Olea, *Crítica de la globalidad: dominación y liberación de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, 592 páginas.

generaba empleos para amplias masas de obreros. Toda vez que la industria se orientaba en esencia al consumo nacional, requería una demanda creciente, por lo que al capital de punta le interesaba mantener elevada la capacidad de compra de los obreros, cuyo consumo era parte de la reproducción del capital. Para alcanzar ese objetivo era importante controlar el precio de los alimentos; era preciso mantenerlos bajos para que el obrero contara con un sobrante del salario para comprar bienes industrializados de consumo duradero —línea blanca, electrodomésticos—, ramas que representaban la vanguardia industrial.

La manera de abaratar los alimentos básicos en esa etapa fue mediante la participación de los campesinos como abastecedores principales. Para el capital dicho sector tenía las virtudes de no cobrar renta por sus productos y transferir un excedente mediante los precios a la industria, con lo cual cumplía el requisito de abaratar los alimentos y a la vez que integrar el desarrollo industrial. Su explotación permitía la reproducción del capital industrial y, por ello, los campesinos podían reproducirse en cada ciclo productivo.

El predominio del capital industrial y la importancia de la agricultura como abastecedora de alimentos baratos permitían el dominio de la industria sobre aquella y la integración masiva de las clases populares. El conflicto principal era entre obreros y empresarios por la obtención de la plusvalía, y entre empresarios agrícolas y campesinos por la tierra, medio de producción esencial tanto para la acumulación de capital como para la reproducción campesina.

Desde esta perspectiva, las clases sociales tenían un lugar privilegiado y las relaciones sociales de producción representaban el eje esencial para comprender la realidad social.

El espacio en que se materializaban esas relaciones se ubicaba, en primer término, en la industria y la agricultura, claramente diferenciadas. En segundo lugar, el sitio donde se realizaba la explotación era la fábrica, la empresa agrícola, la unidad económica campesina, que eran también los espacios del análisis social de la época.

Sin embargo, con el ascenso de la globalización las actividades productivas perdieron su papel dominante. Este proceso tiene que ver, desde el plano político, con la derrota de las clases subalternas por el capital emergente y con ello la imposición de un modelo de acumulación muy excluyente, en el cual se resquebrajaron las bases del dominio del capital productivo que imperó en la posguerra. La transformación esencial consistió en que la industria de vanguardia se orientó hacia la exportación para el consumo de clases altas o países desarrollados sustentada en una elevada cuota de explotación emparejada con la imposición de bajos salarios y precarización de la fuerza laboral.

Este suceso trajo consigo el estrechamiento del mercado para las mercancías industriales, a la vez que las esferas especulativa y financiera se convirtieron en el terreno privilegiado de la inversión del capital de punta. Ello ha provocado un círculo perverso de la acumulación del capital en que al capital industrial exportador ya no le interesa incrementar la demanda nacional para colocar sus mercancías, por lo que impone bajos salarios con el fin de incrementar la cuota de explotación. Con ello se mina la posibilidad de vender sus productos en el mercado interno y se ve obligado a competir en el pantanoso terreno internacional, con significativas dificultades para colocar las mercancías. Ello genera un sobrante de capital sin posibilidades de inversión rentable en la industria que fluye hacia los ámbitos financiero y especulativo. En consecuencia, cada vez se emplean menos obreros porque las actividades productivas se atrofian, con lo cual se menoscaban aún más las posibilidades de realizar la plusvalía obtenida al vender las mercancías en el ámbito nacional. El dominio del capital financiero sobre el productivo genera la transferencia de valor de las ramas agrícolas e industriales a los sectores especulativos, hecho que redundaba en la exclusión de amplias masas de obreros.

A su vez, los campesinos pierden su papel central que habían ostentado, al producir alimentos baratos para reducir los salarios, toda vez que éstos se aminoran merced a la desfavorable correlación de fuerzas a que se enfrentan las clases subalternas, al tiempo que el capital industrial no tiene interés en aumentar la capacidad de compra de los obreros al mantener bajo el precio de los alimentos básicos. Así, los productores rurales son también excluidos.

La agricultura dejó de ser el sustento del desarrollo industrial, cerrándose así el cuadro de la atrofia de las actividades productivas. Dicho proceso abre paso a la terciarización de la economía: cobran presencia las actividades que no generan valor como el comercio, los servicios y el turismo.

El dominio del capital financiero sobre el productivo provoca que la creación de valor aparezca como resultado de la esfera de la circulación, cuando en realidad se genera en el ámbito productivo.

El desempleo se convierte en un rasgo característico de la globalización, y la exclusión rural surge como consecuencia de la desvinculación del precio de los alimentos con los salarios reales.² Tal situación obedece a que en el neoliberalismo los salarios se deprecian merced a la desfavorable correlación de fuerzas a que se enfrentan las clases subalternas, no por

2. Blanca Rubio, *Excluidos y explotados: los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, Plaza y Valdés-UACH, México, 2001, 249 páginas.

la reducción del precio de los alimentos y la canasta básica de consumo. De esa manera los campesinos pierden el papel productivo que les permitió incorporarse en la reproducción del capital global durante la posguerra.

Esos procesos han generado el desdibujamiento de las relaciones sociales de producción. En consecuencia, las clases sociales ceden su papel de principales protagonistas de la esfera social a sectores populares oprimidos como los indígenas, las mujeres, los colonos, los jóvenes, los ancianos.³

La fábrica y la empresa agrícolas constituían en la posguerra los espacios físico y social donde tenía lugar la explotación. Hoy mantienen esa función, pero debido a la atrofia del papel productivo, generan una profunda exclusión. Ese proceso se impone al de la explotación como el más visible y relevante. Y aquí cobra fuerza el territorio, ya que constituye el espacio social donde se manifiesta, se expresa y se desarrolla la exclusión.

Las relaciones sociales de producción se han abandonado como ejes de investigación, al tiempo que la fábrica, la empresa agrícola y la unidad campesina han perdido relevancia analítica. En consecuencia, adquiere importancia el territorio, donde se expresa el dominio del capital financiero sobre el productivo, se desarrollan las actividades terciarias y se genera el desempleo y la emigración rural.

Las relaciones sociales de producción no han desaparecido, por supuesto, y aún otorgan al modo de producción capitalista su identidad esencial, aunque se han desdibujado debido al dominio del capital financiero y especulativo sobre el productivo.

En el mundo de las apariencias, el territorio cobra sentido como el lugar donde ocurre el caos que provoca dicho dominio. El territorio iguala a los desiguales, les otorga un lugar, una pertenencia. En él adquiere carta de ciudadanía la exclusión, el fenómeno más relevante de la globalización para los sectores oprimidos.

DEL DOMINIO TERRITORIALIZADO DEL CAPITAL AGROPECUARIO AL DESTERRITORIALIZADO DEL GLOBAL

Durante la posguerra, y en México hasta los años ochenta, las fronteras impedían la importación de bienes agropecuarios, lo que permitió a los gobiernos ejercer el control de la variable fundamental para sostener el desarrollo rural: los precios. El control oficial de éstos permitía a los gobiernos

3. Carlos Vilas, "Actores, sujetos y movimientos. ¿Dónde quedaron las clases?", *Revista Sociológica*, año 10, núm. 28, México, mayo-agosto de 1995, pp. 61-89.

Mientras la lucha por la tierra expresaba una contradicción de clase entre campesinos y empresarios o terratenientes por el medio de producción principal, la lucha por el territorio expresa la contradicción entre el capital global y los pobladores de una región por el lugar de supervivencia, el derecho a integrarse y decidir sobre sus formas de gobierno

incentivar la producción que consideraban estratégica y, a la vez, sostener la rentabilidad de los cultivos básicos. Tal situación generaba las condiciones para que los gobiernos de la posguerra establecieran políticas en beneficio del capital territorializado, ya fuera nacional o extranjero.

En esa etapa se establecieron en México los llamados precios de garantía, que mantenían la rentabilidad de los empresarios agrícolas, ubicados en las mejores tierras —incluidas las de riego—, a la vez que permitían la reproducción de los campesinos que, como se dijo, cumplían la función de abaratar los bienes básicos para mantener bajos los salarios.

El dominio territorializado del capital permitía la integración de los productores rurales, ya fueran empresarios o campesinos, al proceso de reproducción capitalista, por lo que la tierra constituía un medio de producción rentable y era el núcleo más visible de la realidad rural. Las clases sociales se determinaban —además del lugar que ocupaban

en las relaciones de producción y su posición política— en función del vínculo con la tierra. Ella daba identidad social a los productores y era el eje fundamental para el análisis.

Esta situación cambió de manera radical con el avance de la globalización. Se impuso el dominio de las grandes empresas transnacionales agroalimentarias de los países desarrollados, mediante la apertura irrestricta de las fronteras, denominada liberalización comercial, lo cual obligó a los países en desarrollo a derribar los aranceles a la importación y a permitir la entrada de bienes extranjeros.

La agricultura utilizada por los países desarrollados como medio de competencia por la hegemonía económica mundial, por lo cual se estableció una estrategia centrada en el abaratamiento de los precios internos de los bienes básicos, aunada al uso de los subsidios, como mecanismo para compensar a sus productores rurales del declive de los precios.⁴

La presencia de los subsidios anuló las señales del mercado para los productores de las naciones desarrolladas por lo que, en lugar de reducirse la producción dados los bajos precios, se incrementó, generando una sobreproducción recurrente que no responde a una situación de crisis, sino a una estrategia política de dominio.

Los precios artificialmente baratos de los bienes agropecuarios son importantes por las grandes transnacionales en el ámbito mundial y provocan una competencia desleal con los productores rurales de los países subdesarrollados. Esto genera un proceso de subordinación desestructurante por el hecho de que el pago de los productos está por debajo de su valor y no se compensan con subsidios similares a los que imperan en el mundo desarrollado. El resultado es la descomposición de las unidades campesinas y la quiebra y ruina de los empresarios agropecuarios que se orientan a bienes para el mercado interno.

Quien impone ahora los precios y genera un dominio desestructurante es el capital global, desterritorializado. Se trata del capital transnacional de los países desarrollados que desde sus casas matrices impone las reglas del juego. Las condiciones de subordinación y la ruina de los productores se fijan en el exterior, fuera del territorio, y se imponen por medio de empresas transnacionales que venden los bienes básicos abaratados, o aquellas que los importan del exterior.

El resultado de este dominio desterritorializado consiste en la exclusión de amplios grupos de productores para quienes la tierra ha perdido su sentido de producción y de supervivencia. Aun cuando se eche a andar el proceso productivo,

los bajos precios imperantes les impiden recuperar el costo invertido, mientras que en muchos casos ni siquiera consiguen vender la cosecha.

Tal proceso ha generado un fortalecimiento sin precedente de la emigración rural, sobre todo de carácter transnacional, debido a la atrofia de la pequeña y la mediana industrias nacionales. Sin embargo, a pesar de que la tierra ha perdido la capacidad para la reproducción de los productores rurales, debido a la subordinación desestructurante a que se enfrentan, sigue siendo un lugar de arraigo y estancia debido a la incapacidad de la industria para proletarizar a los productores.

Por ello la tierra como medio de producción cede su sitio al territorio como lugar de vida. El territorio es el hábitat al que regresan los emigrantes en las temporadas en que no trabajan en Estados Unidos, el lugar donde se reproducen las mujeres y las comunidades y en los que permanecen los ancianos y los niños, el espacio donde se siembra para el autoconsumo, donde viven los vecindados, donde duermen las mujeres que van a trabajar de sirvientas o a las maquiladoras de la ciudad.

Mientras la tierra era espacio de reproducción, el territorio deviene en espacio de vida, sitio de supervivencia.

LA LUCHA POR LA TIERRA ABRE PASO A AQUELLA POR EL TERRITORIO

Durante la posguerra el conflicto principal en el campo giraba en torno de la lucha por la tierra. Esta lucha expresaba las contradicciones principales del proceso de acumulación. Toda vez que la producción agropecuaria era rentable para los empresarios y permitía la reproducción de los campesinos, había una pugna por apropiarse de este medio de producción. La captación de la renta de la tierra y la ganancia por parte de los empresarios tornaba atractiva la inversión agropecuaria, por lo que cuestionaban la presencia de los ejidos y las comunidades agrarias. A su vez, el control de los precios por parte de los gobiernos y la forma territorializada de explotación sobre los campesinos permitía su reproducción e integración al sistema, por lo que aquellos jornaleros agrícolas que carecían de tierras aspiraban a su posesión, para lo cual utilizaban el marco legal que prohibía los latifundios y disputaban la tierra a los terratenientes que infringían la ley.

La tierra sintetizaba el conflicto rural en tanto constituía un espacio de reproducción e integración de los campesinos y un medio de acumulación para los empresarios.

Aun cuando los indígenas tenían un papel muy importante en la lucha por la tierra, se identificaban más como campesinos

4. Anuradha Mittal y Peter Rosset, "Perdiendo nuestra tierra: la ley agrícola de 2002", en A. Bartra, *Cosechas de ira. Economía política de la reforma agraria*, Editorial Itaca, México, 2003, pp. 111-131.



que como indígenas y reclamaban la tierra como medio de producción más que como espacio vital. En esa época se generaron importantes movimientos por la defensa de las tierras y el territorio. Sin embargo, estas últimas aparecían también como movimientos por la tierra. Tales fueron las luchas de los ejidos de Tabasco en contra de las expropiaciones por parte de instituciones como Pemex, que llevaron a la formación de la organización denominada el Pacto Ribereño, o bien las luchas en contra de la construcción del Puerto El Ostión en Veracruz o las emprendidas en Chiapas por la construcción de las presas hidroeléctricas en los años setenta y ochenta.⁵ A pesar de que el espacio de producción y de supervivencia se veía afectado, estos movimientos aparecían como luchas por la defensa de la tierra sin contener todavía el ingrediente político de los movimientos actuales por el territorio.

Sin embargo, las transformaciones ocurridas en la fase de la mundialización desplazaron la contradicción esencial de la lucha por la tierra a la lucha por el territorio como medio de supervivencia esencial.

Aun cuando la lucha por la tierra sigue siendo una “asignatura pendiente” y un conflicto permanente entre las comunidades que no tienen claros los linderos, aquélla se ha desdibujado notablemente. A esta situación han contribuido, además, otros factores. En primer lugar, las reformas legales al artículo 27 constitucional, realizadas en el gobierno de

Carlos Salinas de Gortari en 1992, toda vez que cancelaron el reparto de tierras y convirtieron en un delito las tomas de latifundios disimulados.

Otro factor que contribuyó a este tránsito lo constituye el declive de la lucha campesina y la relevancia del movimiento indio. Aun cuando se han generado importantes movimientos de corte campesino como el que comandó el Frente Nacional por la Defensa del Campo en 2001 y el frente conocido como El Campo No Aguanta Más en 2003 y 2004, los movimientos que han ocupado la escena política de los últimos años son en esencia de corte indígena.⁶

Esto tiene que ver con que los indígenas tienen un vínculo con el territorio como espacio de reproducción de sus costumbres y tradiciones más intenso que el nexo productivo con la tierra.

Por otra parte, a partir del alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 la lucha por el territorio cobra nuevos tintes políticos para convertirse en lucha por la autonomía. La construcción de las ocho regiones autónomas en Chiapas en 1995, la discusión nacional sobre la Ley Indígena propuesta por los zapatistas (la Ley Cocopa), abrieron el cauce a una nueva concepción política del territorio.

5. Blanca Rubio, *Resistencia campesina y explotación rural en México*, Editorial Era, México, 1987, 194 páginas.

6. Armando Bartra, “Sobrevivientes: historia en la frontera”, ponencia magistral del V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural, UACH, México, 1998, pp. 1-25.

A partir de entonces la lucha por el territorio no sólo expresa la defensa del espacio de supervivencia elemental de los habitantes del campo, sino también la aspiración de autogobernarse y tener mayor injerencia en las decisiones gubernamentales.

Este cambio trascendió el ámbito indígena y se extendió a la escena política rural. También entre los ejidatarios comenzó a aparecer un conjunto de movimientos en defensa del territorio, como lo ilustran la lucha de los campesinos de Atenco, en el Estado de México, que se opusieron a la construcción del nuevo aeropuerto internacional, el movimiento de los ejidatarios de Puebla en contra del Proyecto Nuevo Milenio, oposición de los campesinos morelenses contra el club de golf en Tepoztlán, movimientos todos ellos exitosos en los que no sólo se defendía la tierra como medio de producción sino el territorio como un medio de supervivencia, y además el derecho de los habitantes a decidir sobre sus formas de vida y de gobierno.

Aun cuando la lucha por la tierra sigue vigente, y los movimientos por el territorio no cubren todavía el ámbito nacional, se identifica un tránsito de la lucha por la tierra a la lucha por el territorio por el que esta última es más avanzada políticamente y expresa las contradicciones de la fase de acumulación actual. En este sentido, se plantea como una tendencia en que se enmarcan las transformaciones ocurridas.

Mientras la lucha por la tierra expresaba una contradicción de clase entre campesinos y empresarios o terratenientes por el medio de producción principal, la lucha por el territorio expresa la contradicción entre el capital global y los pobladores de una región por el lugar de supervivencia, el derecho a integrarse y decidir sobre sus formas de gobierno. Ya que los habitantes se enfrentan a un proceso de exclusión como productores, resisten como pobladores de un territorio que les da el sentido de pertenencia.

Mientras la lucha por la tierra era una lucha clasista, la del territorio es esencialmente de excluidos. Aquellos que ya no tienen un lugar como productores, aquellos desarraigados de la tierra, aquellos que emigran, que ocupan empleos informales, que viven en ciudades dormitorio, que lo han perdido todo, reclaman el lugar donde viven como su última posesión, y también como su derecho político.

Mientras la lucha por la tierra generaba una atomización pues cada quien se convertía en poseedor de un pedazo de tierra que individualizaba el proceso productivo, la lucha por el territorio es intrínsecamente colectiva. El territorio es un bien común, un espacio compartido, un lugar de gobierno. Por ello, tiende a generar la aspiración democrática del autogobierno y de una mayor participación ciudadana. En esto consiste su superioridad política.

LA FRACTURA DEL ESTADO-NACIÓN Y EL TERRITORIO

Otro elemento que ha contribuido a la relevancia del territorio como espacio de análisis y de relaciones sociales lo constituye la fractura del Estado-nación, que ocurre como resultado del dominio del capital global y de los países desarrollados sobre los subdesarrollados. Esto se manifiesta en la pérdida de los gobiernos de dichos países para controlar las variables económicas fundamentales, como la moneda, el nivel de los salarios, las tasas de interés, los precios agropecuarios.⁷

Tal proceso ha traído consigo un debilitamiento de la identidad nacional, que ha generado en muchos países el surgimiento de luchas interétnicas, como expresión de la pérdida de cohesión nacional.

La debilidad de la identidad nacional propicia que resalte la identidad territorial como el espacio que da sentido más inmediato a las vidas de los sectores populares. La lucha por la defensa del territorio, por la autonomía, por la democratización de la vida local, cobra entonces nuevas dimensiones. La carencia de cohesión nacional emanada de los gobiernos da lugar a una cohesión territorial de orden contestatario que emana de los excluidos.

LA RELEVANCIA TEÓRICA DEL TERRITORIO

Si el territorio ha adquirido gran importancia en las relaciones sociales de producción debido al dominio *perverso* de los capitales financiero y especulativo sobre el productivo, y las relaciones de explotación se han ensombrecido por la relevancia de la exclusión social, ¿es válido reivindicar el territorio como eje explicativo y de análisis de la cuestión rural?

Este punto es muy importante para distinguir la esencia de la apariencia. Las relaciones sociales de producción se han desdibujado pero todavía son las que otorgan su cualidad esencial al modo de producción capitalista. La explotación de la fuerza de trabajo urbana y rural continúa como la fuente fundamental de extracción de valor, por más que parte de dicho valor se transfiera después a los sectores parasitarios de las esferas financiera y especulativa.

7. Blanca Rubio, "La fractura de la autonomía estatal y la pérdida de la soberanía alimentaria en los países latinoamericanos: el caso de México", *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, núm. 19, PIEA, Buenos Aires, diciembre de 2003, pp. 149-167.



Esto significa que la atrofia de las actividades productivas no implica su incapacidad para producir valor. Están anquilosadas porque se les extrae el valor y se impide su reproducción de forma ampliada en nuevas actividades productivas. De hecho, la exclusión es resultado de esa atrofia productiva que impide integrar a amplias masas de obreros y campesinos como explotados y los expulsa al desempleo o al empleo en actividades improductivas como las terciarias.

En consecuencia, el eje de las relaciones sociales de producción sigue vigente. Sólo mediante dicho proceso hoy es posible explicar no sólo las nuevas formas de explotación, sino también la exclusión social.

El territorio no puede sustituir a las relaciones sociales de producción como eje explicativo, porque es un espacio físico, cultural y político donde se realizan las relaciones de producción, explotación y exclusión. Es decir, las contiene pero no las sustituye.

Por tal motivo, el territorio, en tanto contiene las relaciones de producción, es sobre todo un espacio de dominio y de poder. Representa el espacio donde se realiza la explotación, pero no sólo eso: es el lugar en que se lleva a cabo la exclusión de los que no alcanzan a ser explotados y, por ello, refleja la atrofia productiva, el dominio parasitario del capital financiero.

Pero además de ser el espacio de la explotación y la exclusión, el territorio es el lugar donde se genera la lucha por la reapropiación del poder por parte de los oprimidos. Es por ello también un espacio de lucha.

Lugar de poder, de dominio y de resistencia, el territorio sigue siendo sólo un espacio que ha encarnado la aspiración colectiva de independencia, autogobierno y democratización. Es un espacio politizado, como antes lo eran la fábrica, la parcela rural, la empresa agropecuaria. Por ello, los ejes de explicación y de análisis se ubican todavía en las relaciones de dominación y de poder que se realizan en el territorio.

Por otra parte, la teoría de la *nueva ruralidad* plantea que los límites que separaban a la industria de la agricultura y a la ciudad del campo se han desdibujado; que la *dicotomía* ciudad-campo desapareció y, por tanto, en lugar de estudiar lo urbano o lo rural, es necesario considerar el territorio como síntesis de ambos sectores hoy indiferenciados.⁸

Sin embargo, como se señaló, el dominio de la industria sobre la agricultura persiste, aunque se ha desarticulado de-

8. Juan García Bartolomé, "Los procesos rurales en el ámbito de la Unión Europea", en Hubert C. de Grammont (coord.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. 1, Plaza y Valdés, México, 1996, pp. 35-69.

bido al predominio del capital financiero y el especulativo sobre el productivo.

Por otra parte, el vínculo entre industria y agricultura no es dicotómico en el sentido de dos procesos desiguales unidos entre sí, sino esencialmente contradictorio porque implica el dominio de la industria sobre la agricultura y de la ciudad sobre el campo. Dicho dominio induce que el atraso relativo del campo y de la agricultura con relación a la ciudad y la industria se amplíe en lugar de cerrarse, y por tanto el dominio se fortalece. La contradicción en este sentido no se puede superar más que con la eliminación del modo de producción capitalista.

La visión territorial ha sustituido el enfoque sectorial que distinguía al campo de la ciudad y a la agricultura de la industria. Sin embargo, aunque las fronteras entre ambos sectores se han desdibujado, persiste el vínculo contradictorio que los une y, por tanto, no pueden trocarse por espacios entrelazados. La agricultura no es solamente un lugar; es, sobre todo, un entramado de relaciones sociales y por ello mantiene una especificidad. Asimismo, el hecho de que en ella el medio de producción principal lo constituya la tierra, por sí misma limitada, susceptible de monopolización y sujeta a diferentes fertilidades, le otorga una cualidad esencial que la distingue de la industria y le confiere su condición de rama subordinada. Por ello, aunque el territorio se privilegie como espacio de análisis, es necesario indagar las relaciones de dominio que ocurren en la agricultura o el campo y su vínculo contradictorio con la industria y la ciudad.

Al igual que en el caso de las relaciones sociales de producción, el territorio constituye el espacio físico y social donde se materializa el dominio urbano-rural e industria-agricultura. Contiene por tanto dicho vínculo contradictorio que no puede ser obviado como eje analítico.

De lo anterior se concluye que un espacio social no puede sustituir relaciones de explotación, exclusión y dominio como ejes analíticos.

Lo que ha ocurrido con la crisis del marxismo mecánico y el declive del socialismo real es que se abandonaron las relaciones sociales de producción como ejes explicativos y se han trasmutado por espacios y lugares de acción. Esto ha llevado al predominio de análisis descriptivos en los cuales no se identifican las causas estructurales que llevan a la exclusión de los productores y, además, carece de aspectos políticos que permitan ubicar a los sectores beneficiados en el territorio y aquellos desfavorecidos, así como los mecanismos que permiten esta desigualdad.

Por tal motivo, se propone incluir el territorio como síntesis de las contradicciones de un espacio social, tomando como eje de análisis las relaciones sociales de producción, entendi-

das como relaciones de dominio, subordinación y explotación en todos los niveles: de la industria sobre la agricultura y de la ciudad sobre el campo, del sector financiero sobre el productivo, de los empresarios sobre los obreros, de las empresas agroalimentarias sobre los productores rurales.

Dicha propuesta considera que el análisis social, ubicado en un territorio, requiere contener una visión histórica que permita determinar los antecedentes del dominio que se manifiestan en la actualidad. Requiere también una visión estructural que permita determinar las causas que forman grandes tendencias y que han generado las relaciones visibles que se expresan en el territorio. Más aún, dicho análisis debe estar fundamentado en una visión política que permita descubrir los sectores que encabezan la opresión y la exclusión y aquellos que la resienten. Desde esta perspectiva, el análisis no tiene por qué perder su potencial de herramienta de transformación al servicio de los sectores oprimidos.

En última instancia la elección se centra en determinar con qué mirada se aborda la realidad social que ocurre en un territorio. Reivindicar una mirada crítica, que analiza las transformaciones ocurridas como un producto histórico resultado de contradicciones sociales o bien, como un proceso dado, ajeno al dominio, la subordinación y el control de unos sectores por otros.

El territorio alberga las clases sociales que emergen de la lucha y las relaciones de producción, pero contiene también sectores desvinculados de estos procesos. Estos últimos tienden a ser mayoritarios debido a la exclusión que genera la atrofia de las actividades productivas. Por ello no basta el concepto de explotación para ubicar los procesos que ocurren en un territorio. Es necesario echar mano de los conceptos de dominio y subordinación para incluir a todos los sectores oprimidos, así como a los agentes de dicha opresión.

Ya que el territorio no invalida ni sustituye las relaciones de producción, sino que sólo las contiene, resulta importante incluirlo como espacio de análisis desde una visión crítica, que significa reivindicarlo esencialmente como un espacio de dominio.

Si la mundialización ha hecho visible un espacio es porque ha hecho invisibles las relaciones de dominio y opresión. Se requiere entonces identificar dichas relaciones en el territorio para darle su verdadera dimensión como espacio de conquista, autodeterminación y gobierno para los sectores oprimidos. El territorio es ahora una quimera: autónomo, democrático, apropiado e igualitario. Esta dimensión política se tiene también que alcanzar en un plano teórico al visualizarlo como espacio de subordinación. Ahí radica su potencial analítico y transformador. 